

El regreso al país de las sombras largas: los inuit, según la mirada del escritor Hans Ruesch.

Omar Ferretti.

Cita:

Omar Ferretti (2019). *El regreso al país de las sombras largas: los inuit, según la mirada del escritor Hans Ruesch*. Antropología, una ciencia para descubrir. UAPAM/UNR, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/of/27>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pcks/zz1>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



El regreso al país de las sombras largas: los inuit, según la mirada del escritor Hans Ruesch

Por: Omar Ferretti

Hans Ruesch, el autor del "Regreso al país de las sombras largas", nos revela en uno de sus capítulos el infierno creado por los cazadores blancos en el Ártico, transformando la vida de los que allí habitan en una verdadera pesadilla.



Cuando las tribus algonquinas que vivían en la Bahía de Hudson, tuvieron por primera vez contacto con los pueblos nómadas que venían bajando desde el Ártico, no dudaron en darle el nombre de "esquimales", es decir: "comedores de carne cruda". Pero ellos se identificaban como inuit, que en su lengua significa: "verdaderos hombres", y siempre se han considerado los únicos dignos de ser llamados así, con exclusión de todos los demás grupos. Acerca de sus usos y costumbres, Ruesch nos describe el siguiente cuadro etnográfico:

"Practican el infanticidio, la eutanasia, el suicidio, el incesto, la poliandria y la comunidad de bienes, sin la exclusión de un ocasional homicidio o un acto de canibalismo (...) aman la vida sin temerle a la muerte. Ríen de todo, excepto por la muerte de un niño".

El largo sueño invernal de Papik y Viví

Con sus setenta grados bajo cero llega el invierno a la cima del mundo, transformando el paisaje en un gran desierto de hielo. Para esta época del año, sus sombras se alargan más que nunca y durante cinco largos meses la noche en el Ártico se vuelve eterna.

En este ambiente casi surrealista – en donde los días se cuentan por el paso de las lunas-, la actividad humana se ve constreñida a reducirse al mínimo, ya que se deben cuidar las energías que se han acumulado durante la primavera y el verano, que es cuando la caza de grandes animales abunda.

Obligados por estas circunstancias a permanecer dentro del iglú, la pareja conformada por Papik y Viví sobreviven a la larga noche igual que como lo hicieron sus antepasados: durmiendo.

La primavera llega a la cima del mundo

En un día cualquiera, la primavera se hace presente en el Ártico. Aún tibios, los primeros rayos de sol se filtran por las paredes de hielo del iglú como si fuesen filigranas de oro. Los esposos se despiertan y se desnudan por completo. Felices y un tanto alborotados se dirigen hacia afuera –



naturalmente, como Dios los trajo al mundo- para saludar al Gran Espíritu del Sol. Esta bienvenida, según sus creencias, le va a asegurar a la pareja un año de abundancia.

El que se muestra más exaltado es el hombre. Al ver salir a su amo, los perros famélicos arman un alboroto bárbaro; por gusto, o más bien para mostrar su autoridad, Papik los tranquiliza aporreando a unos cuantos con un asta de caribú. Viví, en cambio, se muestra algo inquieta; es que durante su letargo invernal no ha tenido buenos sueños.

Los malos sueños de una mujer

Durante los cinco meses que duró el invierno polar, a Viví se le apareció en muchos de su sueños la niña recién nacida que debió dejar morir abandonándola en una banquisa. Esta aparición fantasmal es un mal augurio para una mujer que lleva siete meses de embarazo.

Debido a que en los hielos polares la vejez sobreviene precozmente, la principal ambición que tiene una familia inuit –además de la continua e inmediata de procurar alimento- consiste en procrear lo más pronto posible un varón, es decir, un cazador más. Pero si por un capricho de alguno de los cientos de espíritus que pueblan los hielos polares, la primera en nacer es una niña, entonces los padres deben sacrificarla para asegurar de ese modo la supervivencia del grupo.

Ahora se entiende el desasosiego de Viví. ¿Será otra niña la que lleva en sus entrañas? ¿Debería, en tal caso, dejarla morir como hizo con la primera? ¿Podría soportar tanta pena?

El nacimiento del futuro cazador

Al llegar las primeras contracciones, Viví se arrodilla dentro del iglú haciendo un pozo en el piso al que recubre con una piel de zorro. La posición adoptada por la madre hace menos duro el trabajo de parto y facilita al mismo tiempo el alumbramiento.

En un postrer esfuerzo la criatura llega al mundo deslizándose silenciosamente hacia el interior del pozo. Luego, con un pujo menos doloroso la madre expulsará la placenta que después devorarán los perros. Ansiosa, Viví levanta y observa a la criatura, no tiene dudas: es un varón el que le ha nacido muerto.

El viaje de Papik y Viví a tierras meridionales

Desesperados, la pareja resuelve viajar con su trineo de perros semisalvajes y perennemente hambrientos a tierras meridionales para visitar al viejo y sabio Siorakidsok. Este “angakok” (chamán) posee la capacidad para entrar en trance, emprendiendo largos viajes astrales que lo depositan en presencia del Gran Espíritu de la Luna, quien no sólo es su



espíritu tutelar, sino también el encargado de elegir el sexo de las criaturas. Tal vez Siorakidsok, gracias a la ayuda de su espíritu amigo, haga posible el milagro de concebir un futuro cazador para los esposos Papik y Viví.

En el trayecto hacia la vivienda del chamán, la joven pareja avistará no muy lejos la presencia de un buque pesquero navegando cerca de la plataforma continental. Impulsados por la curiosidad pero también por la necesidad de compañía humana, los esposos se dirigen con su trailla hacia donde está el barco. Desde la cubierta alguien les hace una señal con los brazos, la pareja, halagada, responde con alegría al saludo. El barco se detiene.

Por medio de un sistema de poleas, el capitán logra hacer descender una chalupa con tres hombres blancos a bordo. Al llegar a la plataforma continental y ya con sus pies en tierra firme, los tres marinos van al encuentro de la joven pareja. Aunque hablan con dificultad la lengua de los "verdaderos hombres", esto no les resultará un obstáculo para persuadir a Papik quien termina aceptando gustoso la oferta de los tres forasteros: ir a cazar focas en altamar, a cambio de un par de pieles y otros regalos. Naturalmente, no será esta recompensa lo que motive la aceptación de Papik, sino la posibilidad de mostrar orgulloso su destreza como cazador.

La caza de focas en altamar

Como consecuencia de la rotura de los hielos durante el verano, el Ártico comienza a exhibir fisuras que con el correr de los días se harán más pronunciadas, favoreciendo de ese modo la formación de banquisas: grandes bloques de hielo que flotan a la deriva en altamar.

El instinto de supervivencia vuelve a la especie más sabia, es por eso que el período de parto de las focas coincide con esta rotura de los hielos; cuando ven aproximarse este momento las focas preñadas que viven en el septentrión, nadan bajo el casquete ártico hacia el sur y se hacinan sobre alguna banquisa convirtiéndola en una maternidad flotante. Aquí darán de mamar a sus crías y las pondrán a salvo del temible oso polar. Así será al menos por un tiempo, hasta que los cachorritos pierdan su inocente vello lanoso y aprendan a nadar. Pero la inteligencia de la especie, no podía tener en cuenta la presencia de un depredador aún mucho más temible y artero que el oso polar.

El banco de hielo al cual se dirigía el barco pesquero se encontraba atestado de focas. Al llegar allí toda la tripulación desembarcó, a excepción de Viví, que por respeto a un ancestral tabú, se mantuvo escondida bajo la cubierta.

Un sujeto con ínfulas de mandamás le entregó a cada tripulante un garrote de encina. Lo que sucedió después fue todo tan vertiginoso y salvaje, que



Papik quedó paralizado del horror; como si fuera una pesadilla, no podía entender lo que veían sus ojos:

"Los palos en alto y dando alaridos como una horda conquistadora, los cazadores blancos penetraron en el rebaño de focas y se lanzaron sobre los albos cachorros. No contando por naturaleza con otra defensa más que la huida, la mayoría de las madres se lanzaron al mar. Las pocas que intentaron oponer resistencia a los invasores con el peso de sus propios cuerpos, se desplomaron súbitamente bajo los garrotazos (...) Los pequeños emitían agudísimos balidos buscando la manera de escapar, pero el hospicio de maternidad se había vuelto un matadero sin salida. Cada cazador aferraba de una aleta al cachorro más próximo, le destrozaba el cráneo con el garrote, lo daba vuelta y le apuñalaba la garganta; después de lo cual, con rápidos tajos de su afilada cuchilla lo despojaba de su pielcita blanca y de la grasa que quedaba debajo (...) En la prisa algunos cazadores olvidaban de rematar a sus pequeñas víctimas y algunas de estas volvían en sí, ya desolladas y se ponían nuevamente a saltar emitiendo gritos estridentes. Mientras tanto, muchas madres repuestas del desvanecimiento inicial, volvían al banco en busca de sus crías, las reconocían aun así, peladas, ya que sus hocicos estaban intactos; las besaban lloriqueando desesperadamente, o bien ofrecían a los cadáveres su leche con la esperanza de resucitarlos, pero ellas también terminaban masacradas".¹



Sin lugar a dudas, este relato de Hans Ruesch puede leerse como una denuncia contra la codicia y la crueldad que nuestra "civilización cosmofágica" (Memel Foté, H., cit. en Eco, H. y Martini, C., 1999) ha venido desarrollando, por lo menos desde hace unos 500 años, en todo el mundo, arrasando a su paso con la biodiversidad natural y cultural del planeta.

¿Qué pasará cuando este hombre civilizado, cada vez más seguro de sí mismo, encantado y embrutecido por el fetichismo de la mercancía y por el consumo, no tenga más nada que vender porque lo ha destruido todo?

Fuentes consultadas

Eco, U. y Martini, C. (1999). ¿En qué creen los que no creen?, editorial Planeta, colección Temas de hoy, Buenos Aires, Argentina.

Ruesch, H. (1978). "El regreso al país de las sombras largas", editorial Emecé, colección Grandes Novelistas, Buenos Aires, Argentina.

¹ En capítulo V: "El estrago"



FACULTAD DE HUMANIDADES Y ARTES

